

PRÓLOGO

CUENTOS DEL MUNDO

He dicho muchas veces que de la vieja fascinación que pude sentir escuchando cuentos, vieja en la irremediable remisión a la infancia tan perdida y a la propia aureola de antigüedad que ese destino de escuchar los cuentos tenía, me queda la huella de lo que pudo ser un cierto aprendizaje de lo imaginario. Escuchar cuentos remite, en mi experiencia, al ámbito de la oralidad, no entendida en el espacio familiar de los afectos, sino en ese otro, acaso menos íntimo, de la vecindad y la convivencia.

En el rito vecinal de los *calechos* y *filandones* de mi tierra, reuniones invernales en las cocinas, donde se contaba en el sentido más estricto y a la vez imaginativo de la palabra, cumpliendo en el rito una antigua encomienda de transmisión y entretenimiento, sentí esa fascinación, nada solitaria por cierto, ya que el rito era un elemento más de lo que se entendía por la vida en común: un suceso institucionalizado por la costumbre como tantos otros en los que fraguaba nuestra convivencia.

Escuchar los cuentos se corresponde luego fácilmente con leerlos, quiero decir que desde aquella distancia antigua, hilada a la propia antigüedad de una memoria y una imaginación popular y anónima, a la experiencia lectora, al conoci-

miento de ese otro ámbito más formalmente literario, hay un camino natural y enriquecedor.

Uno puede conservar la impresión de haber compaginado su infancia con la propia infancia de la literatura, sentir que aquellos cuentos orales sin más dueño que quien los contaba y escuchaba, pertenecían a ese anónimo patrimonio de una imaginación popular, de una imaginación sin nombre. La literatura con dueño abre en seguida, en cada libro del que uno se apropia leyendo, esa otra infinita posibilidad de universos y estilos, de ficciones que patrimonializan la fascinación literaria más madura de lo imaginario.

Rememoro una vieja experiencia, precisamente comparada con los autores de este libro, y me parece oportuno mentarla aquí, por lo que esa experiencia, ese rito social y literario, tal vez sería más exacto decir preliterario, significa en el sustrato de la memoria de los cuentos que este libro contiene, ordenando una amplia antología que quiere, antes de nada, acotar un repertorio de algunas de las más hermosas muestras universales.

El rito no termina, ya que su ejemplaridad nunca acaba, aunque la costumbre que lo sostenía ya se ha perdido, porque contar es una necesidad inquebrantable de nuestra condición, tan intensa como la de que nos cuenten: términos paralelos de una misma complicidad que nace de la propia necesidad de contar el mundo, de contar la vida, de encontrar en la ficción una parte sustancial del alimento de lo que somos.

La perpetuidad de los cuentos está garantizada en los libros que ahora contienen su memoria, también en las infinitas memorias que hacen posible su pervivencia, mantenida sobre el convencimiento de que los cuentos son necesarios, y es su necesidad la que hace que, como dice Roland Barthes, estén presentes en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades.

La índole de su necesidad, y del común patrimonio que

con tanta frecuencia los comunica en tiempos diversos y geografías lejanas, me parece que queda sugestivamente reflejada en este libro compilador que nos propone un viaje por los relatos del mundo. La necesidad tiene que ver precisamente con la explicación del mundo, con el impulso de nuestra conciencia y de nuestra inteligencia para desvelar el sentido de nuestra existencia, la comprensión de lo que nos rodea, la presencia de la luz y la oscuridad, el sentimiento de la alegría o la desolación, del dolor o el placer.

Mitos, leyendas, epopeyas, cuentos maravillosos, apólogos o fábulas, integran un caudal de imaginación y vida, de ejemplaridad y destino: tareas heroicas de significación fundacional, cosmogonías, tramas maravillosas, anécdotas, costumbres. Todo ello hilvanado con las grandes colecciones de cuentos de los más relevantes momentos históricos de la imaginación: de la Baja Latinidad al Renacimiento, del Barroco al Romanticismo.

Decía antes que el rito de contar lo he compartido con los autores de este libro desde hace muchos años. La suerte del compromiso familiar que nos une, me ha hecho conecedor, en el día a día, de su trabajo y de su sensibilidad y, lo que para mí es todavía más importante, de sus descubrimientos.

Un buen cuento, un hermoso relato, un hallazgo narrativo imprevisto, viene siendo motivo de llamada mutua: el rito vecinal, que comprometió nuestra imaginación en la infancia, ha derivado sin remedio al familiar, y de aquel aprendizaje apenas subsiste cierta aureola melancólica.

Algunas formas de vida menos complejas o complicadas, que en las que ahora nos movemos, posibilitaban aquella institucionalización de la costumbre y, con ella, la emoción primitiva de los vecinos contándose los cuentos del mundo.

María Paz y Miguel rescatan ahora y, sobre todo, ordenan ciento y una historias que componen, bajo la única orienta-

ción de su conocimiento y gusto, una auténtica guía universal de la imaginación literaria, de la imaginación humana. Todo un tributo a la memoria de los cuentos, al placer de seguir contándolos, leyéndolos, escuchándolos...

LUIS MATEO DÍEZ

Mayo, 1998.